

Un devenir oblicuo. Itinerario intelectual de Nelly Richard de Tomás Peters

An Oblique Becoming: The Intellectual Journey of Nelly Richard
by Tomás Peters

Karen Glavic Maurer*

UNIVERSIDAD DE CHILE

 <https://orcid.org/0000-0002-0765-917X>

Tomás Peters abre su *Devenir oblicuo. Itinerario intelectual de Nelly Richard* con una suerte de advertencia: este es un estudio historiográfico, una obra que quizás no le gustaría a Nelly Richard por su pretensión monumental, pero es un archivo, un recorrido por los contextos, prácticas, expresiones políticas y culturales que motivaron a Nelly Richard, y no una simple biografía intelectual.

Rápidamente, el texto de Peters agrupa de manera detallada, puntillista, dedicada, un recorrido histórico. Recopila de manera prolífica, detectivesca, lo que decenas de personas han dicho sobre Nelly Richard y lo que ella ha buscado en otros, con el fin de generar una coherencia al archivo que construye, pero sin olvidar una serie de frases que sirven de puntos de fuga, recordatorios que hacen presente a la autora que trata. La trayectoria intelectual en cuestión, por lo tanto, es “aporética y oblicua”, Nelly Richard recorre textos y pasajes como un flâneur, despliega un “actuar crítico en colaboración con la escritura”, es una “observadora a la deriva”. Tomás Peters nombra a su autora, le da vida a través de la recuperación de sus conceptos oblicuos.

Como un detective reconstituye escenas. Ubica a cada participante en el lugar que la historia le ha dado, una cierta historia para este archivo, sobre el que ha puesto un coro en discusión, sobre el que genera determinados acuerdos. Si bien hay una voluntad de investigación y un apego a la blancura de la referencia, ha elegido a una autora que se escapa a la regla, por lo que cada cierto tiempo tiene que recordar que Nelly Richard hubiese dicho otra cosa, o no estaría tan de acuerdo, como todos quienes hemos tratado de escribir sobre sus textos hemos tenido que hacer más de una vez. En cualquier caso, si tomamos este texto con el cuidado que supone un archivo de Richard, ya estamos advertidos sobre las advertencias, y a los nuevos lectores les queda suficientemente claro que Peters busca construir una historia sobre el pensamiento crítico cultural de finales del siglo XX.

* Doctora en Filosofía. Magister en Teoría del Arte. Correo electrónico: karen.glavic@mail.udp.cl



Los primeros capítulos se detienen en la exploración estética de Richard y su entorno. Nuevamente, de manera minuciosa, se exponen las principales lecturas que se han hecho sobre la Avanzada, los pasos de Nelly sobre ciertos hitos editoriales, su relación con los artistas a través del formato catálogo y las zonas de contacto teórico con los que la Richard de Peters se identifica: el posmodernismo, el postestructuralismo, la crítica a los binarismos a través de ciertas autoras feministas, la ruptura simbólica con el texto científico y la instalación en una escritura poético-crítica que desafía el pensamiento político, artístico y cultural convencional.

Hago la detención en torno a los primeros capítulos dedicados a la exploración estética por dos razones. La primera es porque allí se encuentran los principales nudos feministas que reconoce el autor de la mano de Leppe; y la segunda, porque el capítulo sirve de tránsito no solo a la historia posterior, evidentemente, sino porque dejan ver los hilos que Peters tira para llegar a la crítica cultural, espacio en el que, claramente, se siente más cómodo.

Seguir la pista del nacimiento de la “crítica cultural” parece ser el traje a medida de Peters. Pero las pistas solo sirven para que Nelly Richard cree despistes, y en algún pasaje del libro esto se nos recuerda. El “despistaje crítico” es aquello que más adelante se llamará “crítica cultural”, un nombre largo para el interés político, cultural y artístico de la autora. El “mito” de la Avanzada va quedando atrás para señalar al “deseo de revista” que motivó a la Revista de Crítica Cultural, a los ensamblajes, desajustes, residuos y metáforas de los años 90 y 2000, que recorrieron escenas propias de los años de la transición. Aquí es posible observar un énfasis en los encuentros y desencuentros de Richard con los teóricos de la renovación, con los que parece existir una amistad cívica: se escuchan estando en desacuerdo. Los conatos que se observan en otros textos dirigidos a Richard —y cierto interés de polémica— son desactivados en este almanaque, y es algo que, por cierto, se le agradece al autor.

Pero, como decíamos, el traje de Peters está en el período de la crítica cultural. Allí pone énfasis en los canales de intercambio que supone la Revista, las variadas tribunas que entrega, el esfuerzo diferente respecto del período anterior, esta nueva escena de “signo heterodoxo” y esta nueva comunidad latino-

americana desde el sur, que resiste a la normalización y señalamiento de la academia norteamericana sobre la producción local. Nuevamente, Peters realiza sus advertencias: las sospechas de NellyRichard siempre están levantadas sobre los objetos a revisar y, por sobre todo, la crítica cultural es una práctica, en donde cada uno ofrece una lectura posible, no una lectura totalizante.

Como sabemos, aquí cada cual busca llevar agua para el molino propio, por lo que quisiera hacer una anotación al (neo)feminismo que Peters lee en Richard, situado particularmente en el Cuerpo correccional de Leppe, y con esto retrocedo a los capítulos de experimentación estético-artística. Una cosa es que las referencias de este texto, u otros textos, sean feministas o citen cuestiones propias de los feminismos (como la dislocación entre lo femenino y lo masculino que plantean los feminismos), y otra cosa es que la dislocación opere como nervadura de los textos que Richard trabaja “feministamente”. Mi apuesta es por la nervadura, Nelly Richard performa los feminismos y por eso se interesa en Leppe, en Dávila, en Las Yeguas del Apocalipsis, o más tarde en la crítica cultural feminista, la CUDS o la revuelta feminista de 2018.

No es necesario pedir disculpas. Las feministas estamos acostumbradas.

Cabe destacar, por cierto, que en los últimos acápites del libro, la deuda con los feminismos de Richard tiene revancha. Abrazados por la historia aparecen entre capuchas con brillos, tomas universitarias, los pechos desnudos y la mirada de Richard sobre una escena que se inscribe en el ciclo de protestas estudiantiles, al mismo tiempo que se rebela en contra del dominio de lo masculino que no se ha extinguido en las universidades. Aquí el autor, ya más cómodo con los feminismos y su presente, da cuenta de los resguardos que Nelly Richard toma ante toda revuelta: no comulgar con los esencialismos, la actitud crítica frente a las propias prácticas y el necesario desmontaje sobre el andamiaje patriarcal que supone el mejor arte de la autora: el arte de la fuga. No hay crítica sin el ejercicio de la puesta en suspenso, incluso la suspensión de uno mismo, es por ello que ciertas teorías le han calzado mejor a la crítica de Nelly Richard, de allí su contacto amoroso con sus intimidades críticas.

Un gesto que agradezco también desde lo amoroso: la página completa que el autor le dedica a la universidad Arcis. Como estudiante y socióloga nostálgica, necesitaba decirlo. Pasado este momento afectivo, retomo sobre el final de la investigación de Peters su llamado de alerta: ¿qué va a ocurrir mientras pasa el tiempo? si el golpe de Estado cumplirá 60 años, si la práctica de la crítica cultural no es recordada, ¿qué pasará si se agotan los espacios críticos como la Revista, como Arcis, como el arte y sus mitos? No sabemos tanto, me parece, pero miremos el texto como merece el detective Peters: como un archivo que desempolva casi todas las páginas que encontró sobre Richard. Nos queda debiendo, eso sí, algo de la historia feminista.